





# La promesa del fracaso



COLECCIÓN  
NARRATIVAS

JORGE MARCHANT LAZCANO

# La promesa del fracaso

---

Tajamar  
Editores

---

## LA PROMESA DEL FRACASO

© Jorge Marchant Lazcano, 2012

© Tajamar Editores Ltda., 2012

Mariano Sánchez Fontecilla 352, Las Condes. Santiago

Teléfono: (56-2)-2245.7026 / 2245.7028 / 2245.7032

[www.tajamar-editores.cl](http://www.tajamar-editores.cl)

e-mail: [info@tajamar-editores.cl](mailto:info@tajamar-editores.cl)

Registro de Propiedad Intelectual N° 229.055

ISBN: 978-956-9043-29-1

Composición: Salgó Ltda.

Diseño de portada: José Bórquez

Impreso en Chile/*Printed in Chile*

Primera edición: junio 2013

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin autorización previa del editor.

*A la memoria de mi padre*





“A cada momento veían la promesa del fracaso en las miradas de los demás, en los cabeceos y sonrisas de disculpa cuando se despedían y en la espasmódica premura con que montaban en sus respectivos coches y volvían a casa, donde probablemente les esperaban promesas de fracaso más antiguas y menos explícitas”.

Richard Yates  
*Vía revolucionaria*

“¡Dios mío!, ¿por qué me habré casado?”

Gustave Flaubert  
*Madame Bovary*

“Cada casa es una historia de fracaso”.

Paul Auster  
*Sunset Park*



## PREÁMBULO

Enfrente suyo está la ruina. No es su propio desastre, sino el de aquella casa en que vivió su infancia y adolescencia. Todo se termina por estos lados más rápido que en otros lugares del mundo. Alguna vez dicha casa significó tanto para su familia. No reflexionaban mucho entonces y la vida planificada era largamente inmóvil. Una situación desgastante, visto con los ojos de hoy. ¿Qué diría mi madre de presenciar esto?, se pregunta Javier Munizaga a eso de la una de la tarde, en este domingo de enero de 2010. Ni siquiera piensa en su padre, muerto hace pocos años. Cree que, de haber tenido una larga vida, a su madre la habría afectado más este panorama desolador. Recuerda súbitamente que, muy a menudo, solían atacarla ciertos ímpetus decorativos dentro de las notorias limitaciones de aquellos años inaugurales. Limitaciones económicas, limitaciones de estilo, limitaciones de tiempo. Incluso así, *tenía gusto*, le gustaban las cosas bonitas a su madre. Si hubiesen tenido dinero, piensa en la idolatría del dinero, ¿adónde habría ido a parar?

Han pasado apenas un poco más de cincuenta años desde que la construyeran y ya parece enfrentada a su fin. El barrio en su totalidad es un desordenado plano de altos edificios levantados con prontitud y eficacia, y pequeñas residencias inestables, perdidas, a sus alrededores, semejando callampas infecciosas de no ser arrancadas de cuajo. La casa sobrevive en pésimas condiciones, con mucha maleza donde alguna vez hubo ché-pica y rosales, los arbustos crecen sin cuidado alguno, un par de árboles se encuentran a punto de secarse, la pintura de la

fachada descascarada; el aire de abandono perturba a Javier por completo. ¿No es a sí mismo a quien realmente ve, secándose, descascarándose, abandonado? ¡Si fuese así, qué exageración la suya! Él es lo contrario del fracaso. Hace un buen tiempo que no va por esos lados. Tan solo está comprobando la enorme capacidad —¿evolutiva?— de las ciudades del tercer mundo, siempre construyéndose, nunca quietas como las ciudades tradicionales del viejo mundo que ha visto muchas veces en distintos viajes. No tiene relaciones que vivan en barrios tan alejados del centro de Santiago. Tal como cuando él era niño, aquellos barrios mantienen inalterable su condición de recipiente protector de la clase media. Es su hermano Marcelo quien se ha cambiado hace algún tiempo a un departamento en uno de esos altos edificios desde donde aún se puede ver la topografía del pasado. Lo ha invitado a almorzar pasados algunos días del Año Nuevo. Aquello es lo habitual. Un sencillo almuerzo con la segunda mujer de Marcelo y los sobrinos menores (definitivamente su hermano se pasará toda la vida criando niños); el intercambio de regalos que aguardan desde la Navidad, algunos comentarios corteses sobre la vida familiar, bastantes omisiones —bienvenidas siempre las benditas omisiones—, y es muy probable que no vuelvan a verse hasta un próximo cumpleaños, si es que sus ajetreadas y desconocidas vidas no los mantienen alejados hasta las lejanas Navidades del año en curso. Recupera a su madre en el pensamiento y tiene un ligero desasosiego del cual se salva rápidamente ejercitando apenas su imaginación. Es como si ella, su madre, lo estuviera mirando desde una de las ventanas de la casa aparentemente vacía. Tal vez detrás de esas ventanas no hay nada, ya no queda nada, es solo una cáscara, los falsos muros de cartón piedra o de tela, tal si aquello fuera una escenografía a las cuales él está habituado. El diseño teatral es su adelantado oficio que se hizo moderno antes de la Primera Guerra Mundial, aunque demoró otros cincuenta años en llegar a los escenarios chilenos. Su deformación teatral lo hace

imaginar esas cosas. Si no fuera pleno día, a pleno sol, podría imaginar un cenital cayendo sobre su figura, dramatizándola: ahora su madre se destaca, es algo corpóreo, su madre se convierte en un personaje que mira desde la ventana, digamos, una Liubov Andreevna sin su jardín de cerezos. En rigor, su madre nunca tuvo un jardín de cerezos ni nada que se le pareciera. Pero miraba por la ventana en un lejanísimo pasado. ¿Qué observaba aquella mujer, su madre? ¿Cómo saberlo? ¿Cómo saber lo que sucede en el interior de una mujer cuando se queda detenida como se quedaba Paz Munizaga, imperceptible, rígida, silenciosa, sin que nadie tuviera conocimiento de su alma? El personaje permanece inalterable con el paso del tiempo como si nada la hubiera tocado nunca. No ha envejecido, no ha cambiado de modas, no ha encanecido —algo que a ella le habría resultado particularmente horrible—, y por eso mismo, ¿cómo puede en dichas condiciones seguir viviendo en un lugar sucio y descuidado cuando era la maniática del orden? Hay una cierta contradicción en la fantasía gestada en su cabeza. Pero en verdad no hay fantasía alguna, ni menos pieza teatral, porque no existen personajes, espacios cenitales, sentimientos, nada. Se encuentra a punto de tocar el timbre pero desiste. No tiene sentido. ¿Qué le dirían de salir alguien? ¿Que la casa está en venta? ¿Que ya han vendido el cuadrante para construir pronto un nuevo edificio?

Un maestro del teatro que ha leído frecuentemente dice que las decisiones no las tomamos nosotros, las decisiones se toman a sí mismas, pero solo si nos hemos concedido preparar el terreno explorando apasionadamente todas las opciones. Eso es algo que enseña el teatro. Se le reconoce en la planificación de un montaje, en el trabajo sobre una maqueta, en el diseño de la luz. Así pues, el trabajo ya está aquí antes de empezar. El tiempo se ha invertido y la búsqueda no es crear sino que desenredar lo que ya está enrollado. Aquí está, entonces, la escenografía de nuestra vida, se dice. Siempre estuvo. No hay

que avergonzarse ante este caos. Como señala Peter Brook, *al final cierto caos se vuelve respetable, y es reconocido como parte del modelo universal.*

Apura el paso hasta el auto que estacionó en la esquina, donde todavía permanece en pie la casa de la señora Sara. Ni siquiera se ha fijado en la casa de Ben. No volverá nunca más por estos lados. De hacerlo una próxima vez, en breve, a corto plazo, ya las habrán derrumbado todas.

# PRIMERA PARTE





## UNO

Y entonces, ¿qué año era aquel? No hacía mucho tiempo que se habían cambiado a ese nuevo barrio. Javier apenas tenía siete años y escasamente vislumbraba la sensación inicial de reconocer el espacio en donde le tocaría vivir. Ni con la experiencia de un muchachito aguzado podría haberse enterado de que Paz, la mujer de Agustín Munizaga, su madre, había comenzado a trazar en su mente una especie de plano social de quienes habitaban en las otras casas de la cuadra. Nadie podía ni siquiera suponer que Paz tenía ojo de lince para esas cosas. Una agudeza fuera de lo común adquirida por la simple observación del mundo que la rodeaba. El cuadro partía por la señora Sara Fisher, una anciana probablemente solterona que vivía en la esquina con la Avenida Cristóbal Colón, profesora jubilada de un liceo céntrico femenino según supo después, quien había instalado en su amplio escritorio provisto de lo que parecía ser una buena biblioteca —de esas cosas Paz sabía muy poco—, una suerte de sala de clases para que los alumnos del barrio menos aventajados en sus estudios, pudieran tener horas complementarias, reforzamiento en las materias escolares, asistencia a la hora de realizar sus deberes escolares. La mujer cobraba cuatro chauchas por su servicio, y Paz aprovechó la ganga para que, un par de veces a la semana, le ayudara con las tareas de Javier, su hijo mayor. Marcelo, su segundo hijo, no requería aún de especiales atenciones porque estaba en un *kindergarten* cercano a casa, y Rodrigo, el tercero, recién comenzaba a caminar. Por ello, Paz apenas podía librarse de la imposición que Javier

significaba (en rigor, era Agustín quien más se preocupaba de la vigilancia del mayor de los niños y del cumplimiento de sus deberes). Volviendo a la señora Fisher, ella quedaba reducida a una especie de limbo, excluida de las formalidades familiares del resto del barrio, porque al ser una mujer sola, no alcanzaba a ser ni el remedo de una familia. Si bien al mismo tiempo, el hacerse cargo con sus habilidades del rendimiento de niños ajenos le confería una condición muy superior a la de los comerciantes de la Avenida Colón: un alemán que manejaba la fiambrería con un par de empleados, la química farmacéutica que atendía la botica sin más personal que ella misma, los españoles ordinarios de la ferretería o de la panadería que hablaban a viva voz así como los bulliciosos dependientes de la verdulería, o la coqueta e insignificante mujercita que atendía una bien provista paquetería con hilos, botones y otros implementos de costura así como útiles escolares. Ninguno de ellos vivía allí. Estaban de paso, para proveerlos. Y aunque la solterona de la esquina cobraba también por sus servicios, quedaba excluida, por su vecindad, de la vulgaridad del resto.

Paz consideraba que la mayoría de los otros vecinos estaba a su misma altura, como los Urrutia, que vivían a dos casas de ellos, o los Señoret, con sus rosales tan bien cuidados. Se habían embarcado en el proyecto común de comprar aquellas lindas casitas de ladrillo con amplio jardín frontal, y la felicidad asegurada en el organizado refugio. Matrimonios jóvenes formados por un marido profesional y una mujer dueña de casa, o funcionarios públicos a modo de Agustín, con buenas posibilidades de ascender en los respectivos escalafones y de endeudarse hasta que les diera puntada. Los bancos, ministerios y otras reparticiones del centro de Santiago solían estar llenos de jóvenes bien educados, hijos de buenas familias, a quienes las vueltas de la vida les habían incapacitado de seguir una carrera universitaria. Padres arruinados por golpes de fortuna o muertos a temprana edad. Malos manejos de la vieja vida

agraria que habían permitido que solo el primogénito estudiara una carrera universitaria (igual había quienes murmuraban que esos eran puros cuentos, y quienes no habían estudiado revelaban solo falta de luces.) Esos eran, en definitiva, los que terminaban en la administración pública. Paz aguardaba la hora en que Agustín llegara a ser gerente de alguna repartición del banco. Su marido no era tonto. Pero, ¿no habría que esperar demasiado para que eso sucediera?

En la mayor parte de los casos, las parejas estaban en constante crecimiento. Cuando una de las vecinas había parido en la primavera, ya la de la casa de al lado había quedado embarazada en el verano, como si el espíritu santo volara acechando por sobre los tejados y las chimeneas de las casitas exentas de impuestos. Paz estaba en guardia correteando a la paloma molesta. Después del nacimiento de su tercer hijo, no tenía ningún interés en volver a quedar embarazada. Sentía que la maternidad le hacía postergar ya por largo tiempo, otros aspectos de su vida. De seguro, pocas personas comprenderían ese modo de pensar, y lo que podía ser peor, ella no sería capaz de explicarlo. En cualquier caso, no era una materia para conversar con nadie.

Estaban también los que no tenían niños, pero posiblemente numerosos nietos. Matrimonios mayores como los Barros, gente ya retirada con abultados apellidos e ingresos probablemente disminuidos, quienes habrían dejado casas grandes para acomodarse en los chalets más pequeños pero confortables de esas nuevas urbanizaciones de Las Condes. En dichos casos, y Paz lo había comprobado en sus constantes visitas a los vecinos, el mobiliario solía ser desproporcionado. Muebles que apenas habían podido entrar por las ventanas, ya que por las puertas resultaba tarea imposible. Ostentosos aparadores, mucha platería, absurdos biombos chinos que, en su incapacidad para separar nada, terminaban convertidos en perfectos objetos inanimados detrás de algún sofá exageradamente grande.

Sucedía lo mismo con los cuadros. Había que colgarlos a la altura del techo para que no quedaran ocultos por mesitas y cómodas de estilo. Al avanzar por el pasillo de entrada, o al ingresar al living, las visitas se enredaban con las numerosas alfombras, puestas una sobre la otra en un notorio desorden polvoriento.

Nada de eso ocurría en las casas de los matrimonios jóvenes. El impecable parquet estaba allí para ser lucido, y bastaba apenas con una moderna alfombra recién adquirida, al centro del living. A cambio de esos sofás tan bajos y extendidos en donde las ancianas encopetadas debían doblarse al tomar asiento, las nuevas familias tenían flamantes juegos de muebles apenas salidos de fábricas, un sofá de tres cuerpos y dos sillones, con telas firmes y reforzadas que durarían muchos años, y para que aquello resultase aún más efectivo, eran cubiertos con fundas realizadas en festivos textiles donde predominaban ramilletes de flores —algo que debía parecer muy inglés de acuerdo al canon de que ellos eran los ingleses de Latinoamérica—. No dejaba de haber algunos vecinos más modernos que optaban por extraños dibujos geométricos, muy de moda, que intentaban pasar por sofisticados, y a Paz, en particular, le parecían de muy mal gusto. A cambio de esos cuadros enormes tan difíciles de limpiar, los cuales, pensaba Paz, deberían estar en museos, los jóvenes matrimonios lucían en sus paredes lindas acuarelas modernas, alguna marina sobre el buffet del comedor (como la que ellos habían adquirido en un remate), el retrato de la dueña de casa pintado al óleo de acuerdo al respectivo presupuesto familiar (en su caso, el retrato no era ni siquiera una promesa incumplida), o simplemente aquellas colecciones de tres patos de loza volando hacia ninguna parte, o sencillas cerámicas que a Paz le provocaban ciertas sospechas. Había que insistir en que los más modernos sucumbían de tanto en tanto a las sillas de plástico, a las lámparas metálicas de vivos colores, o a unos exóticos muebles realizados en bambú en donde el dueño de

casa preparaba combinados a la hora del bailoteo de fin de semana. Paz odiaba todo lo que se apartaba de la norma del buen gusto establecido, como esas mesas con cubierta de formica, y si hubiera tenido una cocina más grande, alguna de aquellas extravagantes mesas habría quedado perfecta como podía verse en las películas norteamericanas. Pero en su cocina de Las Condes no cabía una mesa, por lo que prefirieron comprar un buen juego de comedor estilo Chippendale en la misma mueblería del centro donde adquirieron los sillones del living.

En fin, y esto era lo más importante, no había gente *ordinaria* en la cuadra, como podía suceder en otras comunas nuevas más hacia el Sur de Santiago. Tampoco había ricos (los verdaderos ricos vivían muchas cuadras más abajo, en El Golf, en Apoquindo, en Las Lilas, en grandes mansiones de Providencia), sin embargo a todas esas familias las unía un posible pasado en común, cierta uniformidad aunque no todos fueran amigos, ni mucho menos, pero se respiraba una igualdad y una sutil apariencia, no había cabida para el drama y sus vidas estaban exentas de pasiones incontroladas. Nadie gritaba, nadie lloraba, nadie parecía insensato, nadie se peleaba con nadie por ninguna razón. Los primeros coches saliendo del garage, las empleadas domésticas puertas adentro (ni tan adentro, ya que sus cuartos igual quedaban fuera de la casa, al lado del garage). Por cierto no existía la posibilidad de que alguien fuera comunista ni votara por Allende en las próximas elecciones presidenciales; tampoco se sabía a ciencia cierta quién votaría por Alessandri o quién lo haría por Frei. En una de esas, más de alguno no iba a misa los domingos. Aquello podía ser un poco atípico, un poco menos que enviar a sus hijos a liceos a cambio de colegios católicos. Pero los unos y los otros, derechistas, independientes o demócratas cristianos, intentaban competir en ciertas formalidades como arreglar sus jardines compartiendo al jardinero, ofrecer amables, entretenidas matinés infantiles para los cumpleaños de sus retoños, y conversar animadamente

cuando se cruzaban en las tardes de verano, a la hora del riego vespertino.

¿A qué viene todo esto? ¿Por qué motivo partir observando un barrio de clase media, *sectores de ingresos medios*, como se les llamó entonces a quienes compraban esas casas construidas al amparo de una ley creada por un político conservador?

Simplemente porque a la casa enfrente de los Munizaga, se cambió en 1958 una familia que a Paz le pareció extraña.

Desde el momento mismo de la mudanza, los nuevos vecinos provocaron más que curiosidad en Paz, un cierto desasosiego, mientras observaba el movimiento desde la ventana de su dormitorio, detrás de la cortina, para que nadie fuera a percatarse y a considerarla una impertinente. Estaba junto a Rodrigo, su pequeño hijo que pronto cumpliría dos años, y de quien había que estar siempre muy atenta, ya que al menor descuido rompía algo para llevárselo a la boca. La semana anterior le había destrozado el último ejemplar de la revista *Eva*. De partida, le llamó la atención la falta de un buen camión de mudanza, un servicio establecido como la gente. Imprevistamente, muy temprano aquella mañana de un día martes, llegó una camioneta con algunos enseres, apenas un par de muebles, unas simples sillas, algunas cajas pequeñas, todo lo cual fue extraído con suma rapidez, como si no hubiesen querido molestar a nadie, o más bien, como si estuvieran haciendo las cosas a escondidas. De molestar, en verdad, no molestaban. No había ningún automóvil estacionado en toda la cuadra, no pasaba ni un alma por la vereda, y los niños del barrio estaban en clases, por lo que los recién llegados tenían todo el espacio para hacer lo que se les diera la gana. La camioneta llegó y se fue en un abrir y cerrar de ojos, mientras Paz iba a la cocina a disponer el almuerzo con la empleada. La encontró en el comedor pasando el chanco eléctrico y aprovechó de llamarle la atención una vez más por golpear con el artefacto las finas patas de las sillas. A veces pensaba que esa mujer era una especie de invasora

privándola de su libertad, especialmente cuando le contaba cosas de su vida que la irritaban. A ella no le interesaba la existencia de gente pobre que había venido a Santiago desde el sur a ganarse la vida. El servicio doméstico era un mal necesario que había que aceptar como las plagas en el jardín o el pinchazo de una vacuna. Cuando regresó un poco ofuscada a su puesto de vigilancia, el niño había comenzado nuevamente a romper una revista —¡a este chiquillo parece que nunca le va a gustar la lectura!, se dijo— y se llevaba los pedazos de papel a la boca, y ya la camioneta había desaparecido de su vista. De la misma forma, daba la impresión de que al interior de la casa del frente no hubiera quedado nadie. No se notaba ni un movimiento. Más tarde, un poco antes de almorzar, mientras le daba de comer a Rodrigo en su silla alta, volvió a sentir ruido en la calle y se impacientó ante el niño que rechazaba el insípido alimento infantil, con el babero completamente manchado. Llamó a la empleada para que viniera a auxiliarla desde la cocina. La mujer se llamaba Gloria —qué nombre tan *agrandado* para una empleada, pensaba Paz—, y apenas se comedía a ayudarla en tareas relacionadas con los niños, como darle de comer a Rodrigo. Parecía hacer sentir que los niños eran obligación de la dueña de casa. Pero era limpia, tenía buena presencia, no era insolente, taimada ni malhumorada, y dejaba baños y cocina resplandecientes todos los días. Igual llegaría un día en que tendría que dejarla como dueña y señora de todo porque Paz estaba harta de las tareas domésticas. En cuanto Rodrigo creciera y fuera al colegio, ella volvería a retomar la vida laboral que había abandonado por la crianza. Entonces corrió a la ventana de su dormitorio desde donde vio nuevamente la misma camioneta que había regresado. Un hombre bajaba unos colchones y otro que vino desde el interior de la casa, lo ayudó a entrarlos. Uno de ellos era notoriamente un trabajador, posiblemente el dueño de la camioneta. El hombre que salió de la casa era sin duda mayor que Agustín, alto, más alto que su marido, delgado, casi enjuto,

con un aspecto desvalido, y Paz creyó ver en él una sensación de intranquilidad, como si no estuviera acostumbrado a esas situaciones. Todo parecía anormal. No era la forma de hacer las cosas. ¿Qué significaba eso? ¿Que las cosas iban a cambiar? ¿Que llegarían invasores al barrio? ¿Que se iría todo al diablo?

Cuando hubo terminado todo, y la camioneta fue finalmente despachada, sobrevino la más absoluta calma. Al menos, tendremos unos vecinos muy silenciosos, pensó Paz, mientras escuchaba un programa de magazín por la radio y almorzaba sola como casi todos los días. Transmitían una nota curiosa que le llamó la atención. Una oficina de gobierno en Washington, había invitado a cien dueñas de casas de todos los Estados Unidos para que expresaran sus deseos sobre cómo ansiaban la casa de sus sueños. Las norteamericanas privilegiaban el espacio como lo más importante. Baño y medio, o en lo posible, dos baños (estamos bien, se dijo Paz, tenemos baño y medio), cuatro dormitorios, así los niños no tenían que compartir pieza, (eso, partiendo de la base que se quiera tener tres hijos, advirtió Paz), y se sintió privilegiada porque su casa, muy lejos de Washington, tenía los cuatro dormitorios, aunque el más pequeño lo habían convertido en comedor de diario. Las gringas también querían un buen living para ver televisión (y Paz lamentó una vez más no tener ese sofisticado avance), suficiente espacio en la cocina (lo que ella tampoco tenía), y un gran comedor para situar a toda la familia y a sus invitados para ocasiones formales (y ella envidió una vez más la posibilidad de una intensa vida social). También hablaban de una pieza para el lavado cerca de la cocina y muchos clósets y espacio para almacenaje, lo que no le provocó mayor interés porque ellos no tenían nada que almacenar y ya había vuelto por completo la mirada a sí misma, cambiando la emisora para quedarse con su programa favorito de canciones. Era allí donde se veía de cuerpo entero, sin reparar en la debilidad de esa imagen. Algo alegre, en lo posible, melancólica cuando escuchaba *Volare* por



Domenico Modugno, pese a que su letra estuviera en italiano. Al sentirse particularmente romántica se volvía loca por *Cartas de amor en la arena* cantada por Pat Boone, aun cuando tampoco entendía el inglés. Adoraba a empalagosos cantantes melódicos como muchas otras mujeres comunes y corrientes sabiendo al mismo tiempo que todo aquello estaba lejos de la sensatez. Ya ni siquiera era Sandra Dee dispuesta a volver a enamorarse. Todo había sucedido demasiado rápido para su gusto y entonces, súbitamente, se había convertido en madre, una mujer casada para siempre. Estaba claro que, en esas condiciones, ella no podía hacer lo que deseaba —si bien no supiera exactamente qué deseaba—, y en cambio estaba obligada a hacer lo que otros deseaban para ella. Al parecer, así había sido siempre para las mujeres, aunque no quería parecer una desagradecida con la vida. El vil dinero, o más bien su ausencia, era la causa de las desgracias de todo el mundo. En todo estaba de por medio, en lo que somos, en lo que hacemos, en nuestros sueños, hasta en las relaciones amorosas. Con un poco de dinero se consigue tanto, creía. Si no hay dinero, por más que nos digan que el dinero no hace la felicidad, no queda sino desaliento.

De cualquier forma no estamos tan mal para ser los más lejanos del continente, se dijo Paz a sí misma, sorprendida por los gustos de las gringas y haciendo el balance final algo distraída, pero de inmediato corrió a un lado el plato con los restos del guiso, y se preguntó si los profundos, nuevos, modernos clósets de su casa no terminarían acumulando más trastos viejos que los antiguos roperos de la casa de su infancia: ropa en desuso, polvo, suciedad, abandono. Lo agradable, lo encantador, lo luminoso, estaba a la vista, como las cortinas recién mandadas a hacer, y las sábanas bordadas en la camita de Rodrigo (los colores podían no combinar pero todo se veía armónico). El mantel respuntado que había realizado mientras esperaba el nacimiento de Marcelo, su segundo

hijo, o unos pañitos a crochet que le había enseñado a hacer su madre, y que no la convencían del todo esparcidos sobre cómodas y muebles. La calle, su propia calle, un domingo del verano anterior con los niños manguereándose en los jardines, todo aquello estaba allí para ser disfrutado día a día, sin necesidad de esconderse al fondo de un clóset oscuro, o en lo más profundo de sus conciencias, como los malos recuerdos, los momentos que no quería repetir. Por algún extraño e inexplicable motivo aparecieron los vecinos del frente aún sin rostro en su mente, como si hubieran surgido desde el fondo de uno de aquellos clósets. Le parecieron sujetos ajenos a la alegría. ¿Por qué pensaba eso? ¿De verdad se iría todo al diablo por algo tan sin importancia? No supo responderse —podía distinguir levemente que esa era materia inadecuada, malos pensamientos—, y se disgustó consigo misma, no por el recelo o por su mala educación, apenas porque no estaba dispuesta a que nada ni nadie le arruinara la vida y eso era lo que se desprendía de aquel extraño efecto. Aquellos vecinos, con sus miserables enseres, al parecer, no necesitaban del espacio exigido por las flamantes dueñas de casa norteamericanas, clamando por amplias cocinas, comedores en donde cupieran enormes familias, ni clósets para llenarlos de compras y más compras —como solía hacerlo su hermana Soledad—, como ella, por su parte, al paso que iban las cosas, tal como se estaba dando el curso de la vida, no lo haría nunca.

En una de esas, así como aparecían los nuevos vecinos, Paz Munizaga llenaría sus clósets apenas de suciedad. ¡Ah, que Dios no la oyera diciéndose tanta tontera! Pero no lo dejó de pensar porque pusiera apenas su atención en Dios. No pensaba mucho en su presencia misteriosa. Y eso fue lo que la hizo temer, porque una forma de desorden se había establecido, sin querer, a media tarde, entre su propio jardín y el jardín del frente.

A la misma hora de siempre, Agustín Munizaga regresó de la institución bancaria en donde trabajaba desde un poco antes de cumplir los veinte años. Volvía de la mano de su hijo Javier, que iniciaba las preparatorias en un colegio también céntrico. Paz los veía entrar a casa con la serenidad de todos los días y pensaba que su marido y su hijo eran un poco dos viajeros en el mismo camino. Ya eran insustituibles en su vida si bien no estaba segura de qué papel jugaba ella en esa alianza. Era la madre, la esposa, claro. Pero, ¿sería suficiente? Para entonces, ya había logrado olvidarse de todo el alboroto emocional de las horas anteriores, y se afanó en servir las onces-comida a su familia, mientras la Gloria admitía en darle de comer a Rodrigo. Después, como todas las tardes, salvo cuando dejaban a Javier con la solterona de la esquina y podían salir a dar una vuelta por las calles colindantes, Agustín ayudaba a su hijo Javier a hacer sus tareas antes de irse todos a la cama. Y otro día había pasado sin pena ni gloria. ¡La vida, todavía juvenil, era tan monótona! ¿Qué había pensado ella en algún momento? ¿Que las cosas podían ser distintas? No tenía ganas de comparar su propia vida con la de su madre, pero, por Dios que se parecían. Aunque sus padres habían criado tres hijos en tiempos por completo distintos, al final resultaría que la rutina del matrimonio era siempre semejante. Por eso mismo, pensaba, era urgente recobrar su puesto en las dependencias de la Contraloría de la República. El trabajo se lo había conseguido hacía varios años un tío ministro —primo de su padre— de uno de los gobiernos radicales de la época. Aquello ocurrió un poco antes de casarse con Agustín y, visto de otra forma, había conseguido trabajo y marido juntos. No fue fácil que su padre la dejara trabajar. No le gustaba la idea de verla convertida en asalariada porque miraba en menos a los empleados públicos a los que conocía bien. También él se había pasado la vida como

ingeniero del Ministerio de Fomento. Cuando ella insistió en que se aburría en casa —mientras su hermana María Soledad seguía un curso en la Cruz Roja y José Luis, el único hermano varón, se iba a trabajar al sur distanciándose para siempre—, su padre la llamó al orden remachando en que lo único importante era casarse bien. Menos mal que nada nos falta para que andes pensando tonteras, le dijo. Ya te veo en una oficina recibiendo órdenes de un roto. Aún así, cuando el tío ministro llamó por teléfono para confirmar el puesto, su padre ni chistó. Terminó repitiendo que una niña de buena familia tenía todo el derecho a ocuparse en algo para conocer gente, adquirir un poco de mundo y echarse encima todo lo que ganaba.

Ya no tenía ni un peso para gastárselo por su cuenta, pensó. Cómo resistir toda la vida esa uniformidad familiar, para colmo, viviendo tan alejados del centro de la ciudad. ¿Por qué tenían que construir esas casas económicas tan lejos del centro? Si al menos tuvieran un automóvil, pero todavía no estaba en los planes de Agustín comprarse uno. Primero estaba la educación de los niños, y ellos se postergarían. ¿Hasta cuándo? Paz no podía ni siquiera salir a diario a mirar vitrinas, recorrer las interminables galerías protegidas de Huérfanos y Ahumada con sus pequeñas tiendas llenas de novedades, regodearse en los grandes almacenes por departamentos de la Alameda o de Plaza de Armas, como lo hacía a menudo cuando trabajaba en el centro. Cuando mucho, y eso sí era sagrado, una vez a la semana acudía a la peluquería pese a que el presupuesto esmirriado no le alcanzaba para tomar el té en alguna confitería de su gusto. Ya llegaría el momento de volver a echarse todo encima, como muy bien le había aconsejado su padre en un arrebatador soplo de despilfarro, recuperando algo de esa breve independencia que había advertido apenas antes de su matrimonio.

Hacían poco el amor después del tercer hijo. Tenía que reconocerlo. No quería pensar cuál era el motivo por el que se había adueñado de ella una sensación de frialdad. ¿Era posible

que después de tanto tiempo juntos la costumbre reemplazara al amor? A veces temía que Agustín creyera que no lo amaba más en medio de esa pasividad que la dominaba. Pero, a su manera, ella *debía* quererlo aunque no le gustara del todo hacer el amor, como si se viera forzada a una ceremonia inútil. Por eso, cuando él dormía y ella se desvelaba enredada en majaderos pensamientos, dejaba la cama con sumo cuidado para no despertarlo y le acomodaba la almohada a medias para que tuviera un sueño más confortable. Sentada en la butaquita delante de su tocador, esperaba que el paso de la noche terminara venciéndola. El cuerpo de Agustín aún inerte parecía tan real. Y ella se movía como si no tuviera cuerpo, como si fuera una presencia abstracta. En ciertas ocasiones, ante su negación, Agustín parecía desesperarse, como si las dos camas colgaran peligrosamente junto a un abismo al cual ella las había arrasado. Y entonces su marido trataba de imponerse, dejaba de ser un hombre suave y manso como a ella le gustaba, extrañamente muy parecido a su propio padre. En más de alguna ocasión se preguntó si acaso no había elegido a Agustín precisamente por semejarse a él. Pero, ¿qué sabía ella de las relaciones íntimas de sus propios padres! ¿Qué sabía del comportamiento de su madre si jamás en su vida ella había hablado de sexo con ninguna de sus dos hijas! Había llegado virgen al matrimonio, si bien sabiendo lo que le esperaba, porque lo conversaron con María Soledad y sus primas. De tal forma, cuando se vio enfrentada al cuerpo desnudo de Agustín, sufrió una desilusión enorme como si la hubieran estado engañando durante toda su adolescencia. Vestido, su novio se veía encantador, incluso arrogante, un pequeño remedo de los galanes de las películas, pero ya convertido en marido y despojado de esos pantalones holgados perfectamente planchados, su apariencia disminuyó a la de un muñeco gentil, con su cuerpo proporcionado pero decepcionante. No tenía mucho vello en ninguna parte, no tenía esas espaldas tan fuertes a las que se aferraban Elizabeth

Taylor o Kim Novak en sus tórridos momentos pasionales, y cada vez que pensaba eso volvía a su mente la anatomía en bañador de William Holden en esa película romántica y triste que habían estrenado no hacía tanto y que ella recordaba haber visto al menos tres veces antes de cambiarse a la nueva casa y quedar excluida, por la lejanía, de sus idas al teatro. Creía haberse enamorado de William Holden que moría en una guerra al otro lado del mundo, en lugares orientales, posiblemente cerca de ese Hong-Kong lleno de chinos en donde él se había enamorado de Jennifer Jones, quien intentaba hacer creer que era una doctora mitad europea, mitad china, cuando todos sabían que era una gringa preciosa, antes convertida en Bernardita, la que veía a la Virgen de Lourdes, y luego hasta en esa francesa y deschavetada Madame Bovary. Por eso, nunca vio *Angustia de un querer* acompañada de Agustín, y encontró la forma de escabullirse sola al teatro. Había una escena en que ambos, el corresponsal y la doctora, sin ser pareja todavía, iban a bañarse a una playa solitaria, y se desnudaban detrás de unas rocas, y aquello le provocó a Paz un desasosiego que no podía compartir con nadie. Era algo que nunca antes había pensado: ¿cómo sería el pene de William Holden? Para ser totalmente sincera, el pene de su marido la había dejado completamente insatisfecha. Paz no había visto nunca un pene antes de la primera noche con Agustín, pero había fantaseado con sus posibilidades. Las muchachas de su edad solían aterrarse ante la perspectiva de ese incomprensible pedazo de carne apelmazado que en su violencia las partiera en dos, por lo que la aparentemente perfecta verga de su marido podía ser casi un alivio. Sí. Agustín Munizaga tenía un pene razonable, poco amenazador. Parecía acoplarse a la perfección dentro de su vulva, como si el uno hubiese estado hecho para la otra. Pero algo en el fondo de sí misma le decía que en esos actos había más, que podía haber más, que podía aspirar a más. No era ese el acto de amar como ella se lo había imaginado.

No había mayor brusquedad, no había mayor desgaste, no había mayor tensión. ¿Estaba equivocada, acaso? ¿Tenía que ser de esa forma? Todo parecía terminar demasiado rápido y ni siquiera dolía para hacer la situación más riesgosa. ¿Dónde estaba entonces el desafío? ¿Dónde estaba el peligro oculto? ¿Para acabar en eso su madre había callado toda la vida? ¿Para apenas sonrojarse y transpirar un poco las monjas lo habían negado todo? ¿Para ir al baño y observar pasmada cómo el semen caía en la taza junto al chorro de orina, sin angustia ni sobresalto, para eso, todo?

Una ceremonia inútil, no más, con gusto a nada. Mucho mejor parecían los halagos, los cariños, los tiernos besos que Agustín le daba en los momentos previos. No lo había hablado nunca con nadie, no le parecía materia que pudiera hablarse con su hermana Soledad que creía sabérselas todas, menos con amigas, si es que acaso tenía amigas. Al parecer, se pasaría la vida evitando preguntas y aun más, respuestas.

Esa noche, Agustín estuvo particularmente cariñoso y ella se dejó llevar sin contarle lo que había sucedido en la casa del frente, como si aquello fuera un secreto consigo misma. Cuando su marido quiso proseguir más allá de las caricias y comenzaba a molestarla con el pene erecto debajo del pijama, ella le recordó que no podían tener otro hijo y se encontraba en uno de esos días de mayor fertilidad. No estaba convencida de eso, pero la artimaña solía resultar. En una ocasión, Agustín había sacado del bolsillo de su chaqueta una caja de condones, pero Paz le hizo una escena señalándole que esas eran cosas para usar con putas y se la quitó furiosa guardándola con llave. Nunca más volvieron a hablar de eso. Felizmente habían optado por dos camas, a disgusto de Agustín que desde un comienzo quiso un lecho matrimonial. Ella lo había terminado por convencer: Cuántas parejas duermen separadas sin dejar de amarse. Evitan las molestias de un resfrío, por ejemplo, la transpiración en verano, una indigestión, ¿te gustaría que me

tirara pedos? Vas a despertar mucho más descansado por las mañanas y te sentirás mejor para ir al trabajo.

Sucedió unos dos días después, cuando al salir temprano de casa para ir a hacer unas compras al comercio de la esquina, Paz se topó con una mujer saliendo a su vez de la casa del frente, con un niño de edad similar a su hijo Javier. Le pareció extraño que el niño no estuviera en clases ni llevara uniforme alguno. La mujer titubeó y Paz creyó que volvería sobre sus pasos, como si hubiera olvidado algo. Pero de inmediato recapacitó, expuesta por completo a la mirada escrutadora de Paz. Ambas desembocaron en las respectivas veredas, mirándose de soslayo. La mujer llevaba al niño de la mano como si quisiera protegerlo de alguna amenaza cuando, para variar, no pasaba nadie por la cuadra. Parece mayor que yo, pensó Paz, una pequeña mujer fea y descuidada, y para colmo mal vestida y muy mal peinada, con el cabello de una mujer de pueblo, ¡hasta la Gloria tiene una permanente mejor!, por lo que se hizo evidente que su anterior presentimiento era absolutamente válido. Eran invasores, venían de algún lugar ajeno, y lo que era peor, se habían equivocado de barrio. Para colmo, en la casa precisamente frente a la suya. Era mucha su mala suerte: cualquier otra familia habría sido mejor. Pero no le quedaba más que saludarla ante la posibilidad de parecer una ordinaria.

—Buenos días —le dijo, sin sonreír, mirándola de arriba abajo.

La mujer respondió al saludo con notorio nerviosismo, como si viera en Paz a una vecina privilegiada, alguien que le llevaba ventaja en todo, partiendo por su juventud y su estilo. Y Paz se permitió dudar de sí misma. Tal vez se había equivocado. ¿No era aquella mujer lo suficientemente mayor como para no ser la madre del niño? ¿Y si en una de esas no era más que una vulgar empleada doméstica? Pero de inmediato volvió a considerar que estaba en toda la razón y realmente aquella mujercita era la patrona, su vecina. El niño se aferraba a su mano con la devoción y la impaciencia que los niños solo mantienen con sus



madres. Como lo hacía Javier o Marcelo cuando iban juntos a las compras o a misa los domingos. O de visita a la casa de alguno de sus parientes. Todo volvió a un punto anterior a toda reflexión, porque el niño no se parecía en nada a ella. En rigor, y debía reconocerlo, era más hermoso que sus propios hijos. Un muchachito alto, delgado, con la piel muy blanca y el cabello castaño rizado, y recordó levemente al hombre que viera el día de la mudanza. Nada calzaba por completo en ese extraño puzzle al que se veía expuesta por la falta de orden. La mujer apresuró el paso hacia la Avenida Colón, sin volver la vista atrás, ni haberse acercado a Paz para presentarse, como habría sido lo más adecuado. Paz retuvo por su parte el paso para observar a la mujer y al niño caminando a toda prisa. Tal vez los volvería a encontrar en algunos de los almacenes, adonde tendrían que dirigirse para hacer sus compras. Pero no estaban ni en la fiambrería, ni en el almacén, ni en la panadería. Paz se tomó todo el tiempo del mundo intentando volver a encontrarse con ellos, pero aquello no sucedió. Habían desaparecido de la vista.

No pensaba convertir aquello en el centro de su vida, ni mucho menos, por lo que no le habló a Agustín del asunto por el resto de la semana. Tampoco su marido parecía haberse dado cuenta de que tenían nuevos vecinos, interesado tan solo en sus retoños y en sus programas favoritos de radio. ¡Ah, cómo detestaba ella esas óperas que a él tanto le gustaban! Pero el sábado siguiente, Paz tuvo la primera oportunidad para develar el asunto. Era una tarde cálida de comienzos de otoño, con un brumoso sol que algo calentaba, y Javier se encontraba jugando con sus piezas de madera de El pequeño arquitecto en la terracita delantera, mientras Marcelo se había quedado dormido después del almuerzo porque estaba algo resfriado.

El niño distribuía las piezas sobre las baldosas rojas, ajustando los costados hasta dar la perfecta credibilidad de los muros. Surgían torreones, coloridos vitrales, entradas magníficamente decoradas, como si el niño tuviera un gran conocimiento de

residencias a las cuales no había entrado nunca. A los ojos de su madre, Javier parecía más creativo que astuto y no estaba del todo segura si aquello era un beneficio o un inconveniente. Agustín escuchaba en el living, como lo hacía invariablemente todos los sábados, una ópera que a ella le crispaba los nervios, por lo que salió a respirar el buen aire cordillerano, cuidando de llevar a Rodrigo en su cochecito para no tener que andar recorriéndolo cada vez que se iba al suelo. En ese momento vio al niño recién llegado, como si a su vez él los estuviera observando a ellos.

—Javier... —le dijo a su hijo, encucillándose a su lado. El niño prosiguió absorto en la construcción de aquel pequeño palacete con las pequeñas unidades y no levantó la mirada—. Javier —insistió—, mira, el chico nuevo del barrio...

El niño levantó la mirada y no pareció particularmente interesado.

—Ah, sí, es un pesado.

—¿Por qué dices eso?

—En la mañana lo saludé y él se quedó callado.

¿En qué momento había sucedido eso sin que ella lo notara?

—Pero ahora parece aburrido. Invítalo a jugar contigo...

Javier pareció incómodo.

—No, mamá. Déjame. ¿No ves que estoy ocupado?

—Espera... ¡Yo lo voy a invitar!

Sin esperar respuesta de Javier, quien volvía a concentrarse en la elección de una chimenea adecuada para su casita de juguete, Paz se apresuró hacia la calle. El pequeño vecino la vio ir hacia él y retrocedió.

—Hola —le dijo Paz, sonriente, y se avergonzó de sentirse torpe, fuera de lugar. Una señora como ella buscando la amistad de un niño, ¿cuándo se había visto algo así?

El niño no respondió y fue retrocediendo hacia la entrada de su casa sin dejar de mirarla. En verdad era un muchachito hermoso pese a que Paz seguía pensando que estaba muy delgado.

—¿No quieres venir a jugar con mi hijo? —prosiguió con cautela, al notar su mirada adusta.

El chico movió la cabeza como si quisiera negarse a la proposición, pero al mismo tiempo mostrándose ansioso ante la idea. Daba la impresión de que libraba una pequeña lucha en su interior, antes de que todo se desbaratara. Había alcanzado la puerta, y entró dando un portazo.

—¡Qué chiquillo más mal educado! —se dijo Paz a sí misma, molesta por semejante desatino, mientras retrocedía hasta su propia casa con una fuerte sensación de incomodidad. Javier la miraba arrellanado sobre las baldosas, detenido por un instante.

—Te dije que es un pesado.

—Bueno, por eso mismo, no quiero que te juntes con él, ¿me oíste?

Pero Javier no la oyó y siguió imperturbable en la tarea de construir su diminuto barrio privado.

Al día siguiente el clima refrescó y hasta era posible que lloviera. Paz estaba en la cocina preparando un queque para la hora de onces. Vendría su madre a tomar el té. Agustín dormía la siesta. Todo estaba muy quieto sin el sonido de la electrola en el living ni la Gloria dando vueltas a su alrededor porque era su día libre. Era tal el silencio de la tarde que a Paz la envolvió una sutil sensación de temor, como si en la quietud que era parte de su vida, ella sufriera alguna clase de daño. Puso a hornear el bizcochuelo y volvió al interior de la casa buscando señas de Javier. No estaba en ninguna parte. Salió a la calle y lo vio de inmediato, en la vereda opuesta. Apenas los separaba el pequeño portón del antejardín de la casa vecina. Los dos niños estaban cara a cara, inmóviles, curiosos, tal si se estuvieran apenas escrutando. No supo por qué actuó así.

—¡Javier! —le gritó—. ¡Qué te dije!

Javier permaneció unos segundos más antes de regresar junto a su madre. El muchacho desconocido, por su parte, observó unos segundos y luego ingresó a su casa. Daba la impresión de que estuviera solo, de que nadie lo vigilaba.

—Qué hacías allá —le dijo a su hijo.

—Ayer querías que jugara con él, mami.

Paz se sintió confundida. Pareció vacilar y luego adquirió un tono más festivo.

—Bueno... ¿y ahora está más amigable?

—Él me llamó...

—¿Ah, sí? ¿Y qué te dijo?

—Si acaso podíamos ser amigos.

Paz sonrió. Comenzaba a develarse la historia.

—A ver, cuéntame... ¿Y cómo se llama?

—Ben...

—¿Ben?

—Es raro el nombre...

—Le dirán así... Debe llamarse Benjamín... ¿Benjamín cuánto?

—No sé... No le pregunté el apellido.

—¿Tiene hermanos?

—No.

—¿A qué colegio va?

Javier permaneció en silencio.

—A qué colegio va —insistió su madre.

—Dijo que no va al colegio... —respondió Javier con voz tenue, casi incrédulo, a sabiendas de que aquello no le gustaría a su madre.

—Cómo no va a estar estudiando... Qué cosa más absurda. Debe tener tu edad.

—No sé... no le pregunté más...

Javier pasó por su lado e ingresó a la casa en busca de Marcelo.

Paz volvió a mirar hacia la otra casa. Un halo de quietud lo envolvía todo, como si la casa estuviera muy distante, en

otra cuadra, tal vez en otro barrio, mucho mejor si fuese en otro barrio, más quieta y silenciosa que el momento anterior, cuando ella había tenido esa extraña aprensión en la cocina. Era absurdo, apenas un leve diálogo interrumpido entre los dos niños, pero aun así, definitivamente no eran los vecinos adecuados. Todo se había escapado por completo de sus manos como le sucedía desde algún tiempo. Quedaba una larga tarde por delante, después llegaría su madre para contarle cuentos de la familia, un nuevo viaje en avión de su hermana Soledad para ir a comprar matute en Arica, Agustín encendería la radio para escuchar los resultados del fútbol, y los niños se aburrirían ante la falta de panoramas.

Su marido apareció desde el dormitorio.

—¿En qué andas? —le preguntó bostezando.

—En nada —dijo ella.

Tuvo ganas de decirle una mentira. Decirle, no te quiero más. Pero, al mismo tiempo se impresionó ante la aparente sinceridad de aquel pensamiento. No podía ser cierto que tuviera ideas como esa en la cabeza. Experimentó una sensación de estupor y luego dijo muy bruscamente:

—Llegó gente nueva a la casa del frente —intentaba parecer, al mismo tiempo, desinteresada.

—¿En serio? —respondió su marido—. No me había dado cuenta.

Y en su respuesta ella creyó advertir con cierta claridad su verdadero carácter. No me he dado cuenta, había dicho su marido sin darse cuenta incluso de lo que decía. El matiz le pareció a Paz inconfesablemente abatido. Lo miró con curiosidad o más bien con tristeza, si es que esa irritación que sentía podía ser llamada tristeza. El tono de las palabras de Agustín le confería una presunción de derrota, de fracaso.

—Tú nunca te das cuenta de nada —dijo ella con un dejo de acusación, acentuando su saña en la palabra *nada* que su marido ni siquiera había dicho.

